

Aliento mientras se espera el regreso del Señor

Comentarios sobre 2 Tesalonicenses

E. Richard PIGEON

biblicom.org

Índice

0 - Introducción	3
1 - La revelación del Señor Jesús (Capítulo 1)	4
1.1 - Saludos (v. 1-2)	4
1.2 - Temas para las acciones de gracias (v. 3-5)	6
1.3 - La revelación del Señor Jesús (v. 6-10)	7
1.4 - Dignos del llamado (v. 11-12)	11
2 - La aparición de la venida del Señor (Capítulo 2, versículos 1-12)	13
2.1 - El Día del Señor (v. 1-4)	13
2.2 - El misterio de iniquidad (v. 5-7)	16
2.3 - La revelación del inicuo (v. 8-10)	18
2.4 - El juicio de los incrédulos (2. 11-12)	20
3 - El Aliento del Padre y del Hijo (Capítulo 2, versículo 13 al capítulo 3, versículo 5)	21
3.1 - Los resultados de la gracia de Dios (v. 13-14)	21
3.2 - La consolación y el fortalecimiento (v. 15-17)	22
3.3 - La petición de Pablo y sus amigos para sí mismos (v. 1-3)	23
3.4 - Los recursos divinos (v. 4-5)	25
4 - El Aliento a una marcha ordenada (Capítulo 3, versículos 6-15)	26
4.1 - El desorden en la marcha (3. 6)	26
4.2 - La conducta de Pablo (3:7-10)	27
4.3 - Las exhortaciones a los que andan desordenados (v. 11-12)	28
4.4 - Las exhortaciones sobre los que andan desordenados (3:13-15)	29
5 - El saludo de la mano de Pablo (Capítulo 3, versículos 16-18)	30

0 - Introducción

En su Primera Epístola, el apóstol Pablo había dado palabras de ánimo a los jóvenes creyentes de Tesalónica que estaban afligidos por la muerte de algunos de ellos. Estos jóvenes creyentes pensaban que sus seres queridos, que habían dormido en el Señor, no estarían presentes en la manifestación del Señor Jesús al mundo. Esta fue una oportunidad para que el inspirado escritor presentara las preciosas verdades de la Primera Epístola a los Tesalonicenses sobre la venida del Señor para los suyos. En esa venida, los creyentes muertos serán resucitados primero y luego nosotros, los vivos que permanecemos en la tierra, seremos arrebatados con ellos para encontrarnos con el Señor en el aire. Más tarde, todos volveremos con él para ser manifestados al mundo en gloria en su día.

En su Primera Epístola, Pablo había animado a los tesalonicenses, que ignoraban la suerte de los creyentes muertos, los dormidos en Cristo. En esta Segunda Epístola, se dirige a estos mismos tesalonicenses, que están alterados y preocupados por las persecuciones y pruebas que ellos, los creyentes vivos, soportaban. Algunas personas, de palabra y por carta, habían incluso seducido a esta joven asamblea proclamando que el día del Señor había llegado. Estas falsas enseñanzas no dejaron de tener efecto en la iglesia local: muchos se desanimaron; lo que es más grave, otros andaban desordenados no trabajando y entrometiéndose en todo.

Esta Segunda Epístola de Pablo a los Tesalonicenses es también un mensaje de *aliento* para los creyentes de todos los tiempos. Nuestro estímulo proviene en primer lugar del Señor Jesús y de Dios Padre: hemos sido amados y se nos ha dado el consuelo eterno (o el estímulo eterno: *paraklêsis*, en griego) y la buena esperanza por gracia (2:16). Durante nuestra estancia en la tierra, nuestros débiles corazones están consolados (o: alentados) y estamos fortalecidos por el Padre y el Hijo en nuestro caminar cristiano (2:17). De manera especial, el mensaje reprocha a los hermanos que se negaban a trabajar y que andaban desordenadamente; Pablo les exhorta (o anima) a comer su propio pan trabajando con serenidad (3:12).

Esta Epístola del apóstol es también muy instructiva por los detalles que nos da de los acontecimientos proféticos que ocurrirán entre el arrebatado de los creyentes y el día de la manifestación del Señor al mundo. El hombre de pecado, el Anticristo, se revelará durante este período y, bajo el liderazgo de Satanás, se opondrá a Dios y tratará de tomar su lugar. Pero el Señor Jesús lo destruirá con la aparición de su venida. Hacemos bien en prestar atención a esta palabra profética, pues produce en nosotros un deseo cada vez mayor de ver a quien amamos y esperamos, el Señor

Jesús como la estrella de la mañana (vean [Apoc. 2:28](#))._

Para facilitar el estudio versículo a versículo de esta Epístola, adoptaremos las siguientes cinco divisiones principales:

- La revelación del Señor Jesús.
- La aparición de su venida.
- La exhortación del Padre y del Hijo.
- La exhortación a caminar en orden.
- Los saludos finales.

Deseamos que la lectura de los versículos de la Palabra de Dios y los comentarios que la acompañan nos animen en la espera de ver aparecer al Señor Jesús. Que la Estrella de la Mañana comience a surgir en nuestros corazones durante este tiempo de vigilia.

1 - La revelación del Señor Jesús (**Capítulo 1**)

En sus Epístolas a las iglesias y a los individuos, el apóstol Pablo envía saludos con acciones de gracias a Dios. La Segunda Epístola a los Tesalonicenses no es una excepción. Sin embargo, veremos en este primer capítulo de nuestro comentario, correspondiente al primer capítulo de la Epístola, que Pablo llega pronto a la razón principal por la que escribió esta Epístola: las persecuciones y tribulaciones que los tesalonicenses tuvieron que soportar (v. 4). Ya en el versículo 5, les explica que, si sufren, es para que sean tenidos por dignos del reino de Dios. Sus sufrimientos, además, son solo por un tiempo, ya que hay un descanso por venir que corresponderá a la revelación del Señor Jesucristo. Para los incrédulos, la venganza y la destrucción eterna marcarán ese mismo día. Mientras tanto, el apóstol oró para que los creyentes de Tesalónica fueran encontrados dignos del llamado de Dios.

1.1 - Saludos (v. 1-2)

«Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses, en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo» (v. 1).

Al principio de esta Segunda Epístola a los Tesalonicenses, Pablo reúne a los mismos dos hermanos, Silvano y Timoteo, que en la Primera Epístola. Pablo y sus compañeros se dirigen a todos los cristianos de Tesalónica, que eran entonces la iglesia, o asamblea, de esa ciudad griega. Estas cosas, como todos los escritos de la Palabra de Dios, también están escritas para nuestra instrucción y crecimiento espiritual, a fin de que estemos completos y perfectamente preparados para toda buena obra (2 Tim. 3:16-17).

Una vez más, la iglesia en Tesalónica se caracteriza por estar «en Dios nuestro Padre», una preciosa relación basada en la obra del Señor Jesús en la cruz. Resucitado, el Señor pudo decir: «Subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20:17). En la Primera Epístola, Pablo se dirige a la iglesia en Dios Padre; en la Segunda, a la iglesia en Dios *nuestro* Padre. El apóstol parece desear ahora para estos jóvenes creyentes una mayor conciencia de la estrecha relación que les une al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Nuestra comunión es también «en el Señor Jesucristo», que nos ha revelado a su Dios y Padre. Para nosotros, el Señor es quien tiene autoridad sobre nuestras vidas individuales y las de las iglesias locales.

«Gracia y paz a vosotros de Dios Padre y del Señor Jesucristo» (v. 2).

Pablo habla en nombre de personas divinas al saludar a la iglesia en Tesalónica en nombre de Dios Padre y del Señor Jesucristo. Según los mejores manuscritos de que disponen los traductores, en la Primera Epístola no se menciona el origen del saludo. Simplemente dice «Gracia y paz a vosotros». Esta Segunda Epístola del apóstol debió ser una fuente especial de ánimo, dados los sufrimientos de estos jóvenes creyentes. Desde el principio, el apóstol les da a conocer el interés de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

Hemos observado en los comentarios anteriores sobre la Primera Epístola que la expresión «gracia y paz» caracteriza todas las Epístolas de Pablo. En esta Segunda Epístola, Pablo da gracias dos veces por sus hermanos (1:3 y 2:13). Aprendemos el origen de la gracia: viene de Dios y del Señor Jesucristo (1:12); también es el medio por el que Dios nos ha dado el consuelo eterno y la buena esperanza (2:16). En cuanto a la paz, es el mismo Señor de paz quien nos la da siempre y en todo sentido (3:16).

1.2 - Temas para las acciones de gracias (v. 3-5)

«Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es justo; porque vuestra fe crece mucho, y el amor mutuo de cada uno de todos vosotros aumenta» (v. 3).

A Pablo le gusta dar gracias a Dios por las iglesias (vean además de nuestro versículo: [Rom. 1:8](#), [1 Cor. 1:4](#), [Efe. 1:16](#), [Fil. 1:3](#), [Col. 1:3](#), [1 Tes. 1:2](#)). No se dirige tan directamente a los creyentes de Corinto en su Segunda Epístola, porque quería que primero ratificaran su amor por el hermano que había sido disciplinado en esa asamblea. En cuanto a los gálatas que querían estar bajo la Ley, Pablo quería verlos, en primer lugar, liberados de ese yugo de esclavitud, para que disfrutaran de la libertad en la que Cristo nos ha colocado. Pero solo en el caso de los tesalonicenses podía decir Pablo que debía dar *siempre* las gracias. Esta acción de gracias se sumaba al buen olor de las oraciones que el apóstol les dirigía *siempre* (1:11).

«...de tal modo que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas las persecuciones y sufrimientos que soportáis» (v. 4).

En la Primera Epístola, Pablo se jactaba de que los tesalonicenses eran su esperanza, su gozo, su corona *ante el Señor* ([1 Tes. 2:19](#)). En nuestro versículo Pablo se jacta de ellos *en las iglesias*. Le hubiera gustado presumir de la paciencia de su esperanza, como en la Primera Epístola, pero podía ver detrás de la paciencia exteriormente visible que su esperanza vacilaba. El Enemigo había logrado abrir una brecha cargándolos con diversos sufrimientos, que relegaban a un segundo plano la perspectiva de que el Señor Jesús apareciera para llevarlos consigo. A pesar de esta debilidad en la esperanza, que es el casco del soldado cristiano, la fe y el amor seguían siendo la armadura ([1 Tes. 5:8](#)).

El propio Pablo había experimentado la persecución: los judíos lo habían expulsado más de una vez por medio de la persecución ([Hec. 13:50](#) y [1 Tes. 2:15](#)). Por lo tanto, pudo comprender bien las persecuciones soportadas por estos jóvenes creyentes y gloriarse de ellos, pues daban testimonio de su piedad. En cuanto a las tribulaciones, son una carga para el espíritu. Desde el principio de su vida cristiana, los de Tesalónica habían recibido la Palabra con *grandes* tribulaciones, pero con el gozo del Espíritu Santo. A los que sufren por el Señor, que experimentan tribulaciones en el mundo, el Señor les dice que tengan valor, porque él ha vencido al mundo ([Juan 16:33](#)).

«...*clara señal de la justa apreciación de Dios, para que seáis considerados dignos del reino de Dios, por el cual también padecéis*» (v. 5).

El hombre tiene una repulsión natural a la idea del sufrimiento. Denuncia el sufrimiento y hace todo lo posible para detenerlo, o al menos aliviarlo, pero sin darse cuenta de que es el resultado de la introducción del pecado en el mundo. El cristiano está llamado a sufrir por el reino de Dios. Sabe que a través de muchas aflicciones –la misma palabra en griego que «tribulaciones»– debe entrar en el reino de Dios (Hec. 14:22).

Este versículo 5 no significa que tengamos que sufrir para *ser* dignos del reino de Dios. Más bien, como está escrito, Pablo los animó diciendo que estos sufrimientos eran como un sello sobre ellos para testificar que *eran* dignos del reino. El Señor había dicho que quien no tomara su cruz y viniera en pos de él no era digno de él (Mat. 10:38). Por eso, al principio del testimonio cristiano, Pedro y los demás apóstoles se alegraron de haber sido tenidos por dignos de sufrir afrentas por el nombre de Cristo (Hec. 5:41).

Este mismo Pedro estaba capacitado para animar a los judíos de la dispersión que estaban pasando por diversos sufrimientos. En su Primera Epístola, habla en *primer* lugar de los sufrimientos que constituyen *la prueba de la fe* por un corto tiempo, pero que producirán alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo (1:6-7). En *segundo* lugar, nos dice que es digno de alabanza quien, por conciencia *hacia Dios*, soporta las aflicciones, sufriendo injustamente (2:19). En *tercer* lugar, llama bienaventurados a los que sufren por *causa de la justicia* (3:14). En *cuarto* lugar, también llama bienaventurados a los que sufren por *el nombre de Cristo*, a los que participan en los sufrimientos de Cristo (4:13-14). Por *último*, anuncia que los que sufren las pruebas de la *oposición del diablo* serán completados, fortalecidos y establecidos sobre un fundamento inconmovible (5:8-10).

Cuando Dios pronuncie su juicio, será obvio para todos que es un juicio justo. Los incrédulos serán castigados por las persecuciones y tribulaciones contra los santos. En el momento de este juicio, en la revelación del Señor Jesús al mundo, los santos disfrutarán del descanso.

1.3 - La revelación del Señor Jesús (v. 6-10)

«*Porque es justo delante de Dios retribuir con aflicción a los que os afligen*» (v. 6).

El incrédulo podría discutir la justicia de un Dios que es amor y que, sin embargo, devuelve la tribulación a quien es culpable de infligirla a un creyente. Sin embargo, debe aprender de la revelación del Señor que no solo el creyente es de gran valor a los ojos de Dios, sino que lo que se inflige al creyente se inflige personalmente a Cristo. A Pablo, que perseguía a los cristianos antes de su conversión, el Señor le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?» (*Hec. 9:4*).

La retribución de todos los incrédulos será el castigo de la destrucción eterna lejos de la presencia de Dios. Dios es también quien recompensa a los que le buscan (*Hebr. 11:6*). Él dará descanso a los que han sufrido tribulación. Nos gusta hablar del amor de Dios por el hombre con razón. Sin embargo, este amor no es a expensas de la justicia, que es una característica de la naturaleza divina tanto como el amor.

«...y [daros] a vosotros, que sois afligidos, descanso con nosotros cuando se revele el Señor Jesús desde el cielo con sus poderosos ángeles» (v. 7).

El Señor Jesús es quien da descanso al pecador perdido, doblegado bajo el peso de su miseria; este es el descanso de la *conciencia* (*Mat. 11:28*). También hay un descanso para el *alma* del creyente cansado: es tomando el yugo del Señor y aprendiendo de Él que encontramos descanso para nuestras almas (*Mat. 11:29*). El descanso que se menciona en nuestro versículo es similar al que se menciona en Hebreos: el descanso *del sábado* (*Hebr. 4:9*). El creyente está visto en esta Segunda Epístola como andando en el camino, y el descanso está ante él. Este descanso sabático corresponde al reino milenar de Cristo que seguirá a su revelación desde el cielo. «Porque Jehová tendrá piedad de Jacob, y todavía escogerá a Israel, y lo hará reposar en su tierra; y a ellos se unirán extranjeros, y se juntarán a la familia de Jacob... Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas» (*Is. 14:1, 7*).

En cuanto a nosotros, en el cielo con nuestro Señor, disfrutaremos del descanso *eterno* en el que él entró tras su victoria sobre el Enemigo en la cruz. Pero se da una seria advertencia a los que ahora desprecian una salvación tan grande; serán arrojados al lago de fuego: «El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No tienen *descanso* día y noche...» (*Apoc. 14:11*). Su destino será como el de las multitudes que siguieron a la Bestia.

El creyente entrará en el descanso cuando vaya al encuentro de Cristo en el arrebatado de la Iglesia. Por lo tanto, disfrutará *ya* del descanso en la posterior revelación del Señor al mundo. En el capítulo 2 de nuestra Epístola, se discutirá la revelación del Anticristo, el que se presenta como Dios. Pero en nuestro versículo, el creyente se regocija al esperar primero la revelación de su Señor. En el estudio de la profecía

debe ocupar el primer lugar, de lo contrario el estudio puede degenerar en un ejercicio intelectual inútil. Es desde el cielo que se revelará el Señor Jesús: vendrá de la misma manera que los apóstoles lo vieron ir al cielo ([Hec. 1:11](#)). Los ángeles serán los instrumentos de su poder en el juicio de las naciones, antes del establecimiento de su reino.

«...en llamas de fuego, ejerciendo venganza sobre los que no conocen a Dios, y sobre los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús» (v. 8).

La venganza y la retribución son dos aspectos de la manifestación de la justicia divina en la revelación del Señor Jesús desde el cielo. El Señor, a través de la voz del profeta Isaías, dijo de Sion con respecto a su futura restablecimiento: «...He aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago» ([Is. 35:4](#)). El Señor con sus huestes celestiales se vengará de los incrédulos; Dios recompensará al creyente dándole descanso de su tribulación.

La palabra griega para venganza podría traducirse literalmente como “lo que procede de la justicia”. La venganza divina es la extensión, la manifestación de la justicia divina. El creyente no debe vengarse: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos» ([Rom. 12:19](#)). Este mismo versículo, al igual que [Hebreos 10:30](#), nos recuerda la prerrogativa divina: «¡Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor!». Así, el autor de Hebreos cita [Deuteronomio 32:35](#): «Mía es la venganza y la retribución», en el momento en que su pie tropiece.

El Señor puede vengar al hermano que engaña a su hermano y le hace mal ([1 Tes. 4:6](#)). Aquí la venganza del Señor se ejerce contra los que no conocen a Dios –en los días del apóstol, los gentiles que vivían en la pasión de la lujuria ([1 Tes. 4:5](#)); también se ejerce contra los que no obedecen el Evangelio –todavía en aquellos días, los judíos que impedían la predicación de la salvación a los gentiles ([1 Tes. 2:16](#)). Se puede sugerir que hoy en día los que no conocen a Dios son todos los que rechazan una salvación tan grande; los que no obedecen el Evangelio son los que solo tienen el nombre de cristianos (profesos) y se aferran a un evangelio diferente al de nuestro Señor Jesucristo.

«Estos sufrirán el castigo de una perdición eterna, lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (v. 9).

Esta es la venganza del Señor contra los que no conocen a Dios y los que no obedecen el Evangelio: el castigo de la perdición eterna (o: ruina, destrucción). El castigo es la ejecución de la justa sentencia de Dios contra los hombres impíos e injustos

que son dignos de muerte. [Romanos 1:18-32](#) trata sobre este tema. El castigo no es una muerte que simplemente pone fin a la vida. Se trata de una perdición *eterna*, que excluye la aniquilación. [Judas 7](#) habla del castigo, o escarmiento (es la misma palabra), del fuego eterno. Qué solemne es este pensamiento de una eternidad lejos de Dios, de un tormento eterno «a la Gehena, al fuego inextinguible... donde su gusano no muere y el fuego no se apaga» ([Marcos 9:43, 48](#)). Cualquiera que rechace la salvación de Dios no escapará a esta eternidad de destrucción. Ya en la tierra, los deseos insensatos y perniciosos pueden sumir a los hombres en la ruina y la perdición ([1 Tim. 6:9](#)); esta perdición terrenal llevará a la perdición eterna. La destrucción bajo el reinado del Anticristo será *repentina* como los dolores que sobrevienen a la mujer embarazada, e *inesperada* como la llegada de un ladrón en la noche; los pecadores que no se hayan arrepentido no escaparán ([1 Tes. 5:2-3](#)).

La presencia del Señor (literalmente: su rostro) y la gloria de su fuerza serán suficientes para traer el castigo de la destrucción eterna. Leemos que el rostro de Jesús estaba más desfigurado que el de cualquier hombre ([Is. 52:14](#)). Le escupieron en la cara, y no resistió cuando le golpearon ([Mat. 26:67](#)). Este es el mismo Varón de dolores de antaño cuyo rostro de gloria se verá en el futuro. Los opositores no solo se encogerán y caerán al suelo ante Él como en el huerto de Getsemaní ([Juan 18:6](#)), sino que recibirán el castigo de su incredulidad.

«...cuando él venga para ser glorificado en sus santos y para ser, en ese día, admirado en todos los que creyeron; porque el testimonio que os dimos fue creído» (v. 10).

Los versículos 8 y 9 nos han dado una imagen del aspecto negativo del Día del Señor. La venganza y la destrucción eterna caerán sobre aquellos que no conocen a Dios y aquellos que no obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. El versículo 10 presenta el aspecto positivo del Día del Señor cuando él será glorificado y admirado. Este día es el día de la revelación del Señor Jesús desde el cielo (v. 7). Los seductores molestaban a los tesalonicenses haciéndoles creer que «el Día del Señor ha llegado» (2:2). Sin embargo, el hecho de que el Señor no se hubiera vengado de sus enemigos y no se hubiera manifestado en los que creían, demostraba la falsedad de tales enseñanzas propagadas por estos engañadores.

Los tesalonicenses estaban entre los que creyeron. Por lo tanto, el Señor Jesús será glorificado en ellos también en su venida. En otra parte leemos que si sufrimos con el Señor –que era la situación de los tesalonicenses– también seremos glorificados con él ([Rom. 8:17](#)). Esta promesa es preciosa para nuestros corazones, pero nuestro versículo ofrece algo aún más maravilloso. El mundo será testigo de la gloria de

Cristo manifestada en sus santos. Los santos reflejarán perfectamente la gloria de Cristo, pues ellos mismos contemplarán su gloria a cara descubierta y serán transformados en la misma imagen de gloria en gloria (2 Cor. 3:18). En la actualidad, esta transformación moral tiene lugar en el creyente al contemplar al Señor por la fe; luego será al verlo en toda su belleza. El Señor Jesús podrá decir: ¡Este es el fruto del trabajo de mi alma! ¡Qué gozo para su corazón! El Señor no será admirado, en todos los que hemos creído, en virtud de algo en nosotros que sea digno de alabanza, sino en virtud de los resultados de la gloriosa y poderosa obra de Dios en nosotros. ¡Qué espectáculo para los ángeles y los hombres ver los frutos de la gracia de Dios en cada uno de los redimidos!

1.4 - Dignos del llamado (v. 11-12)

«También por eso oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os juzgue dignos del llamamiento, y cumpla todo buen deseo de su bondad y toda obra de fe con poder» (v. 11).

Pablo y sus compañeros no oraban para que los tesalonicenses *se hicieran dignos* del llamado de Dios: habiendo creído, ya eran dignos. Oran para que se les *considere dignos* de ese llamado. Esta es una distinción muy importante. La ilustración del hijo pródigo en Lucas 15 arrojará más luz sobre este punto de doctrina. Después de sus contratiempos en el país lejano y habiendo entrado en razón como resultado del arrepentimiento, el hijo dice a su padre: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de *ser llamado* hijo tuyo» (v. 18, 21). No dice: “Ya no soy digno *de ser* tu hijo”. No podía perder su dignidad de hijo, ya que le era conferida en virtud de su relación con su padre desde el nacimiento; pero podía considerarse, con razón, indigno del título.

Lo mismo ocurre con nosotros. Nuestra dignidad es inherente al hecho de que todos somos «hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál. 3:26). Sin embargo, nuestro caminar cristiano debe ser coherente con nuestra vocación. Por un lado, el propósito de Dios no puede cambiar: «Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Rom. 11:29). Por otra parte, nuestra responsabilidad es andar «de manera digna del llamamiento con que fuisteis llamados» (Efe. 4:1) y «poned el mayor empeño en asegurar vuestro llamamiento y elección» (2 Pe. 1:10).

Pablo y sus compañeros también oraban *siempre* para que Dios cumpliera su beneplácito en ellos. Dios encontró su placer en el Amado antes de su manifestación

en la carne ([Prov. 8:30](#)), así como durante su vida en la tierra ([Is. 42:1](#); [Mat. 12:18](#); [2 Pe. 1:17](#) y otros v.). ¿Por qué? Porque el Hijo siempre hizo las cosas que agradaban al Padre ([Juan 8:29](#)). Pero en lo que a nosotros se refiere, Dios tiene que cumplir en nosotros el beneplácito de su bondad, es decir, lo que corresponde a su propia naturaleza. También debe producir la obra de la fe. Pablo había sido testigo de ello en Tesalónica ([1 Tes. 1:3](#)). Aquí podía orar para que Dios lo hiciera con *poder*, porque sabía que las difíciles circunstancias de los tesalonicenses, sus persecuciones y tribulaciones, eran un buen terreno para que se desplegara el poder del Señor. Pablo había experimentado personalmente y de manera muy especial que el poder del Señor se cumple en la *debilidad*. Por eso se enorgullecía de sus debilidades, para que el poder de Cristo permaneciera en él ([2 Cor. 12:7-10](#)).

«...para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo» (v. 12).

Plenamente satisfecho con la obra hecha por su Hijo para glorificarlo en la tierra, el Padre glorifica ahora al Hijo en el cielo con la gloria que tenía con él antes de la creación del mundo. También ha exaltado al Hombre Cristo Jesús y le ha dado un nombre sobre todo nombre (vean [Juan 17:1-5](#) y [Fil. 2:9](#)). Si la *persona* del Señor Jesús es glorificada por el Padre en la esfera celestial, el corazón de Dios también desea que Su *nombre* sea glorificado en la tierra en los creyentes. Como escribió un hermano: “No estando nuestro Señor presente de hecho, ni reinando aún sobre el universo, su nombre nos es dado como revelación de sí mismo, para que por el poder del Espíritu sea glorificado en nosotros, mientras servimos al Dios verdadero y esperamos a su Hijo desde el cielo.»

La obra de Dios en nosotros es siempre para la gloria de Cristo. En los tesalonicenses, esta obra estaba especialmente relacionada con el sufrimiento por el reino de Dios. El Señor fue glorificado en *ellos* en anticipación del día en que ellos serían glorificados en *Él*. Solo la gracia de Dios y el Señor Jesucristo pueden obrar en nosotros para que Cristo sea glorificado en nuestras vidas ahora y para que seamos glorificados en *Él* en la aparición de su gloria en un futuro cercano.

La lección que sacamos de estos versículos iniciales de la Epístola es que, a pesar de las difíciles circunstancias personales, tal vez la persecución y las dificultades, como en el caso de los tesalonicenses, el Señor debe ser glorificado en nuestras vidas. Que la perspectiva de descansar pronto con nuestro Amado nos anime a perseverar en nuestro camino cristiano hacia el cielo.

2 - La aparición de la venida del Señor (Capítulo 2, versículos 1-12)

El segundo capítulo de la Epístola continúa el tema iniciado en el primero: el de la revelación del Señor Jesús en su día. Se había hecho creer a los tesalonicenses que el Día del Señor ya había llegado. La respuesta del apóstol a estas falsas enseñanzas es muy sencilla: no podía ser, porque no se había producido la reunión de los creyentes con el Señor. Además, antes de ese día, la apostasía alcanzará su pleno desarrollo y se revelará el hombre de pecado. El apóstol da detalles de la revelación de la iniquidad que será seguida por el juicio de los incrédulos. Ya hoy somos testigos de la operación de este misterio de iniquidad o maldad: el apego cada vez más evidente a los espíritus seductores y a los demonios y el egoísmo generalizado. Estos signos son precursores de la plena manifestación de la maldad cuando el Anticristo aparezca en un día futuro.

2.1 - El Día del Señor (v. 1-4)

«Pero os rogamos, hermanos, respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con él» (v. 1).

En respuesta a las preocupaciones de los tesalonicenses sobre si el Día del Señor había llegado, Pablo se refiere primero a la promesa de la *venida del Señor*. Sus tribulaciones y persecuciones no deben hacerles olvidar que la venida del Señor implicará dos etapas. En primer lugar, el Señor vendrá a llevarse a los suyos: esta es la bendita esperanza, un acontecimiento que tendrá lugar sin que el mundo lo sepa. Los muertos en Cristo serán resucitados y los vivos en la tierra serán arrebatados juntos en las nubes para encontrarse con el Señor en el aire (1 Tes. 4:15-18). Evidentemente, este hecho no se había producido. En segundo lugar, el Señor volverá un poco más tarde, en su día, para aparecer en gloria con los suyos: todo ojo lo verá (Apoc. 1:7). Pero este Día del Señor no se introducirá sin una gran tribulación en la tierra habitada (vean Mat. 24:1-31).

Pablo continúa hablando de *nuestra reunión* con el Señor, es decir, que el Señor viene específicamente para llevarnos consigo. Este acontecimiento debe preceder necesariamente a nuestro regreso con el Señor para inaugurar su reino. Así, el apóstol refuta estas “nuevas” enseñanzas, que eran contrarias a las que él les había traído, utilizando el argumento de que el Día del Señor no había llegado, ya que la reunión

con el Señor era entonces futura.

La *venida* del Señor se ha confundido a menudo con el *Día* del Señor. La expresión la *venida del Señor*, que traduce la palabra griega *parousia*, significa literalmente *estar cerca*. Esta *venida* del Señor incluye su *venida* por sus santos, así como su *presencia* con ellos hasta su *revelación* y *manifestación* al mundo. En cuanto a la expresión *reunirse* con el Señor, encontramos esta palabra en otro lugar –*episunagogê*, en griego– solo en el capítulo 10 de Hebreos, versículo 25, donde se nos exhorta a no abandonar la *reunión* de nosotros mismos con el Señor. Ambas *reuniones* tienen el mismo valor a los ojos del Señor. ¿No deberían ser igualmente preciosos para cada uno de los redimidos del Señor? Consideremos un precioso privilegio que el Señor esté presente en medio de los que se reúnen en su nombre (Mat. 18:20), al igual que estará presente cuando nos encontremos con él en el arrebató.

«...que no os dejéis alterar fácilmente en vuestro modo de pensar, ni os alarméis por una supuesta revelación, ni por mensaje, ni por carta, como [si fuera] de nosotros, en el sentido de que el Día del Señor ha llegado» (v. 2).

Puesto que conocían persecuciones y atravesaban tribulaciones, los tesalonicenses estaban persuadidos de que el Día del Señor estaba presente. Para demostrar que no era así, el argumento principal del apóstol es que la *reunión* de los creyentes con el Señor tenía que ocurrir primero. En los siguientes versículos se expondrán otros argumentos. Sin embargo, la primera prueba ya fue suficiente para acabar con sus temores. Estos temores fueron despertados por las falsas enseñanzas de los seductores que decían tener el pensamiento de Dios y, por lo tanto, estar inspirados. Incluso se escribió una carta, supuestamente de Pablo, para asustar a los tesalonicenses. Pablo niega ser el autor. La autenticidad de sus Epístolas podía reconocerse por el hecho de que escribía de su puño y letra el saludo al final de cada Epístola (vean 3:17).

Obviamente, los tesalonicenses se habían dejado prontamente alterar, o *perturbar*, en sus convicciones de que el Señor debía reunirlos primero consigo antes de su día. Alguien ha dicho que, en sus angustiosas circunstancias, los tesalonicenses eran como un barco cuyas amarras habían sido soltadas por la tormenta. El Señor utiliza la misma palabra *perturbar* en Mateo 24:6 y en Marcos 13:7 cuando advierte a los apóstoles –la imagen del fiel remanente judío del fin– que no se preocupen por los falsos cristos y las falsas alarmas, pues el fin aún no había llegado. Pablo, al igual que su Maestro, no quiere que los creyentes de Tesalónica se preocupen por los que pretendían engañarlos, ni por las dolorosas circunstancias por las que estaban

pasando.

Otros dos acontecimientos deben preceder al Día del Señor: la apostasía general y la revelación del hombre de pecado.

«Nadie os engañe de ninguna manera; porque [ese día no vendrá] sin que venga primero la apostasía y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición» (v. 3).

Satanás es el engañador por excelencia, pero los tesalonicenses debían estar advertidos especialmente contra sus agentes. La Palabra menciona por primera vez la seducción cuando Eva, en el jardín, acusa a la serpiente de haberla seducido para que coma del fruto del árbol prohibido ([Gén. 3:13](#)). Esta fue la primera victoria de Satanás. La última mención a la seducción también está relacionada con el Enemigo de nuestras almas: pero entonces Satanás será atado durante 1.000 años y arrojado al abismo, para que no seduzca a las naciones durante el reinado de Cristo ([Apoc. 20:1-3](#)).

La seducción acompaña a la apostasía, ese abandono de la fe y de la vida cristiana. La apostasía, en nuestro versículo, consiste, como se ha escrito, en “el abandono total y general del Evangelio, que ciertamente se traducirá en el rechazo de toda verdad revelada y de lo que puede llamarse religión natural...”. Pablo escribe a Timoteo que están asistiendo a un alejamiento parcial de la fe: «El Espíritu dice claramente que en los últimos días algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a enseñanzas de demonios» ([1 Tim. 4:1](#)). Varios movimientos y grupos actuales promueven a escala mundial una filosofía humanista que rechaza al verdadero Dios. Algunos defensores del movimiento conocido como la *Nueva Era*, por ejemplo, incluso promueven la comunicación con «guías espirituales» para favorecer el desarrollo del individuo. Asistimos a la proliferación de la adoración del demonio y del culto al yo en el seno del propio cristianismo. Estos presagios de la apostasía final apuntan próximamente a la revelación del hombre de pecado, que no es otro que el Anticristo.

Sabemos cuál será el fin de este hombre de pecado incluso antes de que se manifieste, pues es el hijo de perdición. El Señor Jesús también llamó a Judas Iscariote, el que le iba a traicionar, el *hijo de perdición* ([Juan 17:12](#)). Ya reconocemos a muchos engañadores y anticristos en aquellos que no confiesan que Jesucristo venido en la carne ([2 Juan 7](#)). Pero el verdadero Anticristo aún no se ha manifestado. Cuando aparezca, solo gradualmente revelará sus verdaderas intenciones.

«...el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de adoración;

de modo que se sienta en el templo de Dios, presentándose él mismo como Dios» (v. 4).

El hombre de pecado, el hijo de perdición corresponde al que el apóstol Juan llama el Anticristo. El Anticristo ataca tanto la promesa del judaísmo al negar que Jesús es el Cristo (1 Juan 2:22) y que vino en la carne (1 Juan 4:3; 2 Juan 7), como el fundamento del cristianismo al negar al Padre y al Hijo (1 Juan 2:22). Pedro había dicho de Jesús que era el Cristo (Mat. 16:16): esto era reconocer una verdad propia del judaísmo. El Señor había dado a conocer al Padre (Juan 14:7-9): es una revelación propia del cristianismo.

El Anticristo no es solo aquel que se presenta en lugar de Cristo, sino el que se opone a Cristo. Daniel 11 nos dice que es ese rey que «hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira» (v. 36). Aquí, el Anticristo se opone y se exalta contra todo lo que tiene que ver con Dios.

También se reconoce al Anticristo en esa «otra Bestia que subía de la tierra; tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, y hablaba como un dragón» (Apoc. 13:11). La tierra simboliza aquí el sistema judaico. La primera Bestia (Apoc. 13:1-10) surge del mar, figura de las naciones. La segunda, u otra Bestia, cuyo dominio religioso se ejercerá desde Jerusalén, tratará de ocupar el lugar del Señor Jesús, el verdadero Cordero de Dios; pero su voz delata a quien lo mantiene en su lugar y le permite ejercer el poder de la primera Bestia y los grandes milagros: no es otro que el dragón que es Satanás (Apoc. 20:2).

El Anticristo llevará sus pretensiones tan lejos como hasta sentarse en el templo de Dios. Se trata de «la abominación de la desolación, de que habló Daniel el profeta, en el lugar santo» (Mat. 24:15; vean Dan. 12:11). (Nótese que la desolación de Daniel 11:31 ya ha sucedido: fue la profanación del templo de Jerusalén por Antíoco Epífanes antes de la era cristiana). Además de usurpar el lugar de Dios, el Anticristo se presentará como Dios. Sin embargo, sigue siendo un hombre con sus debilidades e incoherencias: él mismo honrará a un dios de su propia invención y fomentará este culto (Dan. 11:37-38).

2.2 - El misterio de iniquidad (v. 5-7)

«¿No recordáis que estando aún con vosotros os decía estas cosas?» (v. 5).

Durante su breve estancia en Tesalónica para predicar el Evangelio, Pablo había

hablado a los tesalonicenses de muchas cosas. Les había hablado del Señor: de sus sufrimientos, de su muerte, de su resurrección. Les había mostrado que era el Cristo (Hec. 17:1-3). Les había dicho de antemano que tendrían que sufrir tribulación, como ya había sucedido, y les había explicado lo que era el Día del Señor (1 Tes. 3:3-4; 5:1-5). Aquí aprendemos que también les había instruido sobre los acontecimientos que preceden el Día del Señor, como los relacionados con la revelación del Anticristo.

Si los tesalonicenses hubieran recordado las enseñanzas del apóstol, no se habrían dejado perturbar tan rápidamente por los que afirmaban que el Día del Señor había llegado. Por lo tanto, es importante prestar atención a la Palabra escrita, pero también a la Palabra presentada cuando toca un tema profético (según 1 Cor. 14). Por otra parte, todo siervo del Señor debe esforzarse por hacer que las almas recuerden siempre las cosas que son de Dios, aunque estas cosas parezcan ser bien conocidas y aunque los oyentes parezcan estar establecidos en la verdad presente (2 Pe. 1:12). Además, un hermano muy versado en la Palabra posee un alma de pastor: desea que sus oyentes recuerden sus enseñanzas después de su partida (1 Pe. 1:15).

«Y ahora sabéis lo que lo retiene, para que sea revelado a su propio tiempo» (v. 6).

Hemos señalado que el Día del Señor no vendrá hasta la apostasía general y la revelación del hombre de pecado. En este versículo, el apóstol instruye a los tesalonicenses que esta revelación del Anticristo no puede ocurrir ahora, porque hay lo que retiene y el que retiene. Se ha sugerido que los *limitadores* son los gobiernos de los hombres cuya autoridad proviene de Dios, o la presencia de la Iglesia en la tierra. Hasta que se reúna con el Señor, la Iglesia, por su presencia en la tierra, es un freno al desbordamiento del mal e impide la manifestación de los injustos. Mientras los creyentes estén en la tierra y no hayan sido arrebatados, el diluvio de iniquidad será retenido.

Ahora, incluso si el Día del Señor ha de ser precedido por la apostasía y la revelación del Anticristo –que no puede ocurrir hasta que seamos reunidos con el Señor– ningún evento tiene que preceder necesariamente a la venida del Señor por los suyos. La promesa del Señor sigue siendo tan real y preciosa como siempre: ¡Vengo pronto! (Apoc. 22:7, 12, 20). El redimido espera a su Señor en cualquier momento.

«Porque el misterio de la iniquidad ya está actuando; solo que el que ahora lo retiene, lo hará hasta que desaparezca de en medio» (v. 7).

Los misterios de la Palabra de Dios no se definen como verdades incomprensibles que debemos creer. Son verdades que antes eran oscuras, pero que ahora están re-

veladas. Por nombrar algunas: el misterio del reino de Dios ([Lucas 8:10](#)), el endurcimiento de Israel ([Rom. 11:25](#)), Cristo y la Iglesia ([Efe. 5:32](#)), el Evangelio ([Efe. 6:19](#)), la piedad ([1 Tim. 3:16](#)). El misterio de la iniquidad corresponde a esta maldad desenfrenada del hombre, que alcanzará su pleno desarrollo en la persona del Anticristo.

Hace 100 años, se escribió que “la cristiandad habla ahora mucho más de la moral y de las obras humanitarias que de la persona de Cristo, y pretende cada vez más no querer tener una religión revelada”. ¿Qué podemos decir ahora sobre el número cada vez mayor de seguidores de movimientos humanistas que pretenden ser dioses, algunos incluso pretendiendo apoyarse en versículos de la Palabra mientras ignoran los contextos de esos versículos? La respuesta de Dios a esta afirmación es: «Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos» ([Jer. 10:11](#)).

El Espíritu Santo que mora en la Iglesia ([Efe. 2:22](#)) frena una mayor efusión de iniquidad; frena esa energía del mal que tiene su fuente en Satanás. Lo hará hasta que esté lejos, es decir, hasta que él y la Iglesia vayan al encuentro del Señor en las nubes. La salida del Espíritu Santo y de la Iglesia en el arrebató dejará el campo abierto para la revelación de los inicuos. Sin embargo, la frase «hasta que desaparezca» sugiere que habrá un lapso de tiempo entre el arrebató de los cristianos y esta revelación de los inicuos.

2.3 - La revelación del inicuo (v. 8-10)

«Y entonces será revelado el inicuo (a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida)» (v. 8).

La iniquidad encontrará su plena manifestación en el Anticristo, el Inicuo en persona. Satanás le dará su poder. Como hemos visto, el Anticristo actuará según su propia voluntad y se levantará contra Dios. Será lo contrario de lo que el Señor fue en la tierra: humilde, manso, compasivo, dependiente y sumiso a su Padre.

El desbordamiento de la maldad será tal que el propio Señor intervendrá en juicio. Conocemos el destino del Anticristo: el Señor lo destruirá y lo aniquilará con su aparición cuando venga con sus santos a juzgar la tierra y establecer su reinado de paz. ¡Qué notable será el efecto de la presencia del Señor! El Anticristo será atrapado con la otra Bestia que luchará con los reyes de la tierra y sus ejércitos contra el Señor. Ambos serán arrojados vivos al lago de fuego con azufre. Esto es lo que leemos en

el Apocalipsis 19:19-21.

«...cuya presencia es la obra de Satanás, con todo poder, y señales, y prodigios de mentira» (v. 9).

Aunque el misterio de iniquidad ya está operando según la actividad maligna de Satanás, la venida del Anticristo es futura. Esta venida será también según la operación –la energía, en español– de Satanás, que será libre de actuar en un mundo donde la presencia y la actividad del Espíritu Santo estarán ausentes. Satanás, de quien emana realmente el poder del Anticristo, tendrá un destino similar al del Anticristo. Un ángel apresará a este enemigo derrotado por Cristo en la cruz, lo atará durante 1.000 años y lo arrojará al abismo; será desatado al final de los 1.000 años para engañar a las naciones, y luego será arrojado al lago de fuego y azufre donde ya estarán las dos bestias ([Apoc. 20:1-3, 7-10](#)).

La energía de Satanás desplegada por el Anticristo se traducirá en *toda* tipo de milagros, signos y maravillas de mentira para seducir al mayor número posible de personas que recibirán la marca de la Bestia y rendirán homenaje a su imagen ([Apoc. 19:20](#)). Estos milagros, signos y maravillas de la mentira corresponden al carácter del diablo: es un mentiroso y el padre de la mentira ([Juan 8:44](#)).

Aunque su venida es por la operación de Satanás, el Anticristo vendrá en su propio nombre y será recibido por el mundo, como anunció proféticamente el Señor Jesús ([Juan 5:43](#)). El Señor había venido en nombre de su Padre; era aquel hombre aprobado por Dios ante los judíos por los milagros, prodigios y señales que hacía en medio de ellos ([Hec. 2:22](#)). Se ha dicho que “el Señor mostró la gracia y el poder de Dios con sus milagros; el Malvado lo hará para exaltarse en su orgullo desmedido y ser adorado”. ¡Qué contraste entre el humilde y manso Salvador y este orgulloso hombre de pecado!

«...y con todo engaño de injusticia para los que se pierden, porque no aceptaron el amor de la verdad para ser salvos» (v. 10).

Jehová reprende al rey de Tiro, tipo de Satanás, por la injusticia de su tráfico ([Ez. 28:18](#)). Esta injusticia caracteriza realmente la seducción del Anticristo –el instrumento de Satanás– sobre los que habitan la tierra. En la actualidad, muchos de los que apostatan de la fe se aferran a los espíritus seductores y a las enseñanzas de los demonios ([1 Tim. 4:1](#)). ¡Cuánto más efectiva será esta seducción cuando el Espíritu Santo ya no esté!

Si somos salvados por la gracia, que es el don de Dios ([Efe. 2:8](#)), la responsabilidad

de los que perecen recae enteramente sobre ellos. Han rechazado el amor por la verdad y han sustituido el placer por la injusticia (v. 12). Al Señor que manifestó plenamente la verdad (Juan 1:17), que es la verdad (Juan 14:6) y cuya palabra es [la] verdad (Juan 17:17), los hombres prefieren y preferirán la injusticia antes que creer para salvarse. La injusticia se manifiesta en los últimos días en el egoísmo, la avaricia, la jactancia y otros pecados en lugar del amor de Dios (2 Tim. 3:1-5).

2.4 - El juicio de los incrédulos (2. 11-12)

«Por esto, Dios les envía una energía de error, para que crean a la mentira» (v. 11).

El amor de la verdad puede salvar al hombre pecador. Pero bajo el gobierno de la Bestia y el Anticristo, los que rechacen este amor recibirán de Dios mismo una energía de error, o un poder de error (según otras traducciones). Dios endureció el corazón de Faraón, que se negó a dejar ir a su pueblo (Éx. 10:1); entregó a los que practican lo que no es correcto a un espíritu reprobado (Rom. 1:28). En el futuro, los que se dejen seducir por Satanás (v. 9) recibirán de Dios mismo esta energía de error para creer la mentira.

No es que Dios no haya sido paciente y bondadoso con el hombre pecador. Antes de la reunión de los creyentes con el Señor, él habrá hablado a través de los profetas, a través de su Hijo el Señor Jesús y a través del Espíritu Santo. De nuevo, antes del establecimiento del reino de Cristo, él ofrecerá la salvación a cualquiera que reciba la verdad. ¿Qué más puede hacer si el hombre rechaza deliberadamente la verdad?

«...para que sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia» (v. 12).

El juicio de Dios se ejerce según si uno cree o no en esta verdad de la salvación solo en Jesucristo. Está claro aquí que la injusticia, aún más característica de este período futuro que del tiempo presente, tendrá un mayor atractivo que la verdad. Además, aquellos que son juzgados no solo se complacen en la injusticia, sino que encuentran *placer* en ella: la perversidad del corazón del hombre no regenerado se manifiesta plenamente. ¿Qué contraste con la obra de Dios que desea cumplir en el creyente todo el *placer* de su bondad (1:11)!

La falsa doctrina de que los creyentes en la Iglesia experimentarán la tribulación bajo el reino de la Bestia y el Anticristo está ganando popularidad hoy en día y es probable que desanime a muchos. Sin embargo, como hemos señalado, una persona

divina, el Espíritu Santo, y la presencia de los creyentes en la tierra están frenando los embates de una apostasía cada vez más visible. Mientras el Espíritu y la Iglesia estén en la tierra, la energía del mal será frenada. Después de su partida se escuchará el grito del remanente judío fiel en la gran tribulación. La Iglesia, con el Espíritu, grita ahora: ¡Ven Señor Jesús! ([Apoc. 22:20](#)). No solo prevé ese día en que se encontrará con él, sino también ese otro día en que se manifestará con su Amado en la gloria ante el mundo.

3 - El Aliento del Padre y del Hijo ([Capítulo 2, versículo 13 al capítulo 3, versículo 5](#))

En estos versículos, al final del capítulo 2 y al principio del capítulo 3, nos ocuparemos *primero* de los resultados de la gracia de Dios al elegirnos para la salvación y de la bendita perspectiva de obtener la gloria del Señor Jesús. Darse cuenta de que la salvación de Dios es una salvación completa nos mantendrá alejados de falsos pensamientos como creer que debemos pasar por la gran tribulación. En *segundo* lugar, veremos que nuestra responsabilidad es aferrarnos a las enseñanzas de la Palabra de Dios; es a través de ella que seremos alentados por nuestro Padre y por el Señor Jesús. En *tercer* lugar, se nos recordará que nuestras oraciones deben incluir a los siervos de Dios que propagan esta buena Palabra. Concluiremos mencionando los recursos divinos de los que disponemos para animarnos a obedecer la Palabra de Dios.

3.1 - Los resultados de la gracia de Dios (v. 13-14)

«Pero nosotros siempre debemos dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, porque Dios os escogió desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y la fe en la verdad» (v. 13).

Los que serán juzgados y condenados serán los únicos responsables de su castigo eterno en el lago de fuego. Pero, gracias a Dios, los que oyen la Palabra y creen al que envió a Jesús tienen vida eterna y no entran en juicio ([Juan 5:24](#)). ¿Tiene el creyente algún mérito en apropiarse esta maravillosa parte? Ninguno, porque es Dios quien lo ha escogido, quien lo eligió en Cristo antes de la fundación del mundo ([Efe. 1:4](#)). También hacemos nuestras las palabras de Jehová a Israel: «Con amor eterno te he

amado; por tanto, te prolongué mi misericordia» (Jer. 31:3).

La salvación de Dios incluye la salvación de nuestras almas ahora (1 Pe. 1:9) y la salvación de nuestros cuerpos cuando seamos reunidos con el Señor en su venida por nosotros (1 Pe. 1:5; 1 Cor. 15:52). Esta salvación tiene lugar en la santificación, o apartamiento, del creyente para Dios por el Espíritu Santo, acompañada de la fe en la Palabra de Dios. El Espíritu Santo, con la Palabra de Dios, actúa no solo en el momento de la conversión, sino a lo largo de la vida cristiana hasta que entremos en la gloria.

«...a la cual os llamó mediante nuestro Evangelio, para obtener la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (v. 14).

Dios había confiado a Pablo el Evangelio como medio para llamar a los tesalonicenses a la salvación. Sabemos que este Evangelio les llegó no solo de palabra, sino también con poder y con el Espíritu Santo, y con gran seguridad (1 Tes. 1:5). Esta buena noticia tenía como objetivo la gloria futura. No cualquier gloria, sino la gloria de nuestro Señor Jesucristo según su propia promesa: «La gloria que me has dado, yo les he dado» (Juan 17:22), es decir, la gloria recibida de su Padre como *Hijo del hombre*. En cuanto a su gloria recibida como *Hijo de Dios*, sin compartirla, la veremos (Juan 17:24). Es una perspectiva feliz pensar que pronto estaremos con nuestro Amado y contemplaremos todas sus magníficas glorias. Entonces solo podremos arrojar nuestras propias coronas de gloria ante el trono y exclamar: «Digno eres tú, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder» (Apoc. 4:10-11).

3.2 - La consolación y el fortalecimiento (v. 15-17)

«Así pues, hermanos, estad firmes, y retened las doctrinas que os fueron enseñadas, sea por palabra o por carta nuestra» (v. 15).

En su Primera Epístola, Pablo había expresado el deseo de que sus hermanos se mantuvieran firmes en el Señor (3:8). A pesar de la intensificación de sus persecuciones y tribulaciones, su mandato es ahora mantenerse firme. No solo debemos resistir los embates del enemigo, sino que, después de vencerlo todo, debemos mantenernos firmes (Efe. 6:13). Incluso en los momentos de respiro debemos mantenernos firmes; la perspectiva de la gloria venidera será un fuerte incentivo para perseverar en este sentido.

La vigilancia de los hijos de Dios se expresará en el apego a las enseñanzas de la

Palabra de Dios. Tales enseñanzas se oponen a las enseñanzas de los hombres según los elementos del mundo, y no según Cristo (Col. 2:8, 22). Es nuestra responsabilidad guardar las enseñanzas de la Palabra tal como nos fueron dadas (1 Cor. 11:2). Al mismo tiempo, el rechazo de las enseñanzas que contradicen o adulteran la Palabra de Dios nos ayudará a mantenernos firmes en medio de la creciente apostasía.

«Que nuestro mismo Señor Jesucristo, y nuestro Dios y Padre, quien nos amó y nos dio eterno consuelo y buena esperanza por gracia» (v. 16).

¡Qué estímulo saber que somos amados por el Señor Jesús y por Dios Padre! Nótense los verbos en singular: *«quien nos amó y nos dio...»*. En este amor por nosotros, el Padre y el Hijo son uno, como lo fueron Abraham e Isaac que iban los dos juntos (Gén. 22:6, 8, 19). Este estímulo, que tiene por objeto la eternidad, cuando estaremos con el Señor Jesús para siempre en la Casa del Padre, nos lo dan el Padre y el Hijo juntos. De la misma fuente recibimos esta buena esperanza de ver a Cristo manifestado en la gloria y de estar a su lado. La gracia divina se despliega admirablemente hacia los que antes eran odiosos, sin esperanza, y merecedores de sufrir una eternidad lejos de Dios. ¡Qué precioso motivo de gratitud y alabanza a Dios nuestro Padre y a su Hijo el Señor Jesucristo!

«...consuele vuestros corazones y os fortalezca en toda obra y palabra buena» (v. 17).

Como en el versículo anterior, aquí hay un error gramatical deliberado: a pesar de los dos sujetos, el verbo *consolar* está en singular. Vemos aquí un testimonio dado por el Espíritu Santo de la unidad del Padre y del Hijo. El Hijo y el Padre son uno (Juan 10:30). Estas personas divinas, de las que emanan el consuelo eterno y la buena esperanza, también pueden animar nuestros corazones y fortalecernos en nuestro caminar diario. El pecado produce tantas circunstancias tristes que a menudo nos desanimaríamos si no fuéramos consolados por nuestro Padre y por el Señor Jesucristo. Pero debemos mirar más allá de los acontecimientos terrenales, a los que nos cuidan por la fe. Entonces seremos fortalecidos para caminar en las buenas obras que Dios ha preparado de antemano (Efe. 2:10), y para hablar esa buena palabra que a su vez alegrará el corazón de otro (Prov. 12:25).

3.3 - La petición de Pablo y sus amigos para sí mismos (v. 1-3)

«Por lo demás, hermanos, orad por nosotros para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, como también sucede con vosotros» (v. 1).

Pablo y sus amigos siempre estaban orando (1:11) y dando gracias a Dios (1:3 y 2:13) por la iglesia de Tesalónica. Estos siervos, a su vez, pedían oraciones para ellos mismos y por su servicio. Aunque fue objeto de una gracia especial del Señor para ser un vaso elegido para el servicio (**Hec. 9:15**), Pablo sigue siendo humilde y espera las oraciones de sus jóvenes hermanos en Cristo en Tesalónica. Esta doble actitud nos conviene también a nosotros: por un lado, buscar las oraciones de los santos para nuestros diversos servicios al Señor y, por otro, orar por los siervos de Dios.

Pablo deseaba que la Palabra del Señor a la que servía se difundiera rápidamente. ¿No es nuestro deseo hoy ver esa misma Palabra correr para salvar a unos y fortalecer a otros? Damos gracias a Dios por la libertad de que gozan nuestros países y por los medios de que disponemos para difundir la Palabra de Dios. Pero hay que reconocer que, con demasiada frecuencia, esta Palabra no es glorificada, porque algunos la presentan de manera indigna del Maestro y la desprestigian. Que el nombre del Señor Jesús (1:12) y su Palabra sean glorificados en primer lugar en nuestras propias vidas, como lo fue en las vidas de los tesalonicenses a pesar de sus difíciles circunstancias.

«...y para que seamos librados de los hombres insensatos y malvados; porque no todos tienen la fe» (v. 2).

Los tesalonicenses sabían que glorificar la Palabra de Dios en sus vidas traía consigo una gran tribulación. Habían tenido que lidiar con aquellos hombres que no son agradables a Dios y que se oponen a la predicación de la Palabra (**1 Tes. 2:15-16**). Dios quiere que todos los hombres se salven, pero muchos se niegan a creer: la fe no es su parte. Son hombres insensatos –literalmente: *fuera de lugar*– que, por tanto, obstaculizan la predicación de la Palabra, y perversos porque se oponen a la obra de Dios. Pablo, más que cualquier otro hombre excepto el Señor Jesús, conoció los asaltos del Enemigo. Solo después de pedir a sus hermanos que oren por la difusión de la Palabra, pide que sea liberado de los adversarios. Al atardecer de su vida, encontrará que el Señor lo ha liberado de todas sus persecuciones (**2 Tim. 3:11**).

«Pero fiel es el Señor, quien os fortalecerá y os guardará del Maligno» (v. 3).

Al final de la Primera Epístola, Pablo había recordado a los tesalonicenses el gozo de Dios (5:24). Aquí, nuestro consuelo ante la oposición humana corresponde a la fidelidad del Señor: está con nosotros, no nos deja ni nos abandona (**Josué 1:5**). Como se ha dicho, “su fidelidad responde a la fe de los suyos, por débil que sea”. Además, el Señor nos fortalece: siendo Dios mismo, es poderoso para hacerlo y lo hará hasta

el final (Rom. 16:25; 1 Cor. 1:8). En la tierra, el Señor guarda del *Maligno* (o: del mal) a los que le esperan; a su lado, en el cielo, entre su venida por nosotros y su venida con nosotros, seremos guardados de la *hora de la prueba* que ha de venir sobre toda la tierra habitada (Apoc. 3:10).

3.4 - Los recursos divinos (v. 4-5)

«Y confiamos en el Señor acerca de vosotros, que lo que os encargamos lo hacéis y lo haréis» (v. 4).

Pablo tenía en mente el bien de estos jóvenes creyentes; deseaba ver a Cristo glorificado en su caminar. Su confianza en que obedecerían no era solo una confianza en lo que sabía de ellos, sino una confianza en el Señor. Es el resultado del conocimiento de Pablo de la fidelidad del Señor para fortalecerlos y guardarlos del mal, como vimos en el versículo anterior. Los tesalonicenses habían recibido las órdenes del apóstol de parte del Señor Jesús (1 Tes. 4:2); razón de más para que el apóstol confiara en el Señor de que obedecerían lo que les había ordenado.

«Y que el Señor dirija vuestros corazones en el amor de Dios y en la paciencia de Cristo» (v. 5).

El amor de Dios y la paciencia de Cristo son recursos divinos para inspirarnos a obedecer la Palabra de Dios. Obedecer es responder al amor de Dios manifestado en su mismo Hijo. También es perseverar en guardar su Palabra hasta que Cristo venga a tomar a su Iglesia, momento en el que su paciencia será recompensada. Lo que nos eleva por encima de nuestras circunstancias y nos hace hijos de la obediencia no es tanto estar ocupados con nuestro amor a Dios y nuestra paciencia en la espera de ver al Señor. Es ocuparse del amor de Dios por nosotros y de la paciencia de Cristo que espera presentarse la Iglesia a sí mismo, santa e irreprochable. Solo el Señor puede inclinar los corazones a tales cosas, tan eficazmente como pudo guiar (o: dirigir; es la misma palabra en griego que *inclinarse*) el camino de Pablo hacia ellas (1 Tes. 3:11).

Siempre es notable y gratificante comprobar la extensión de la gracia de Dios; se manifiesta en el tiempo, pero encuentra su fuente en la eternidad pasada y se extiende hasta la eternidad futura. Además, los recursos acompañan a esta gracia: hemos señalado el precioso estímulo del Padre y del Hijo. ¿No desean nuestros corazones estar modelados según el amor de Dios y la paciencia de Cristo, ya en esta tierra? Que el Señor incline verdaderamente el corazón de cada uno de nosotros a ese amor

y a esa paciencia.

4 - El Aliento a una marcha ordenada (Capítulo 3, versículos 6-15)

Del privilegio de estar animados por el amor de Dios y la paciencia de Cristo, Pablo pasa ahora a las exhortaciones prácticas sobre el camino cristiano. Los creyentes no deben dejarse vencer en sus propias circunstancias: deben responder y darse cuenta de que son responsables de caminar ordenadamente. Pablo había sido un ejemplo para los tesalonicenses, por lo que sabían cómo imitar a Pablo y cómo tratar a los hermanos desordenados. Pablo se dirige directamente a estos últimos con afecto fraternal, pero con firmeza. Caminar de manera ordenada, como veremos, es hacer lo que es correcto a los ojos de Dios.

4.1 - El desorden en la marcha (3. 6)

«Hermanos, os encargamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo que os apartéis de todo hermano que anda desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros» (v. 6).

El cristiano, que tiene el privilegio de relacionarse con personas divinas, debe ser consciente de sus responsabilidades terrenales. Como vimos en la Primera Epístola, debe juzgar todo lo que es contrario a la santidad en su vida personal (4:1-8). En esta Segunda Epístola, se le ordena que se mantenga puro apartándose de un hermano que ande desordenado; esta es la exhortación o mandato del apóstol en nombre del Señor, el Jefe de la Iglesia. Un hermano así es como un soldado que no guarda las filas y que se arriesga, con su comportamiento, a ejercer una mala influencia sobre el resto de la tropa.

Sin embargo, existe el peligro de juzgar sumariamente a un hermano sin esforzarse por recuperarlo con la gracia del Señor. [Mateo 18:15-17](#) es instructivo en este sentido. No hay que escatimar esfuerzos para traer de vuelta a un hermano. Además, la ley del leproso en [Levítico 14](#) nos muestra el cuidado con el que debemos actuar en la Iglesia de Dios para recibir de nuevo al hermano (o hermana) que ha estado bajo disciplina. Cualquier disciplina, aunque sea una exclusión de la asamblea, debe tener en cuenta la restauración del que es objeto de ella. La restauración de un

creyente disciplinado es el fruto de la gracia de Dios. Al mostrar amor a la persona de la que nos habíamos alejado (2 Cor. 2:8), pero que ahora está restaurada, solo confirmamos la obra de Dios.

4.2 - La conducta de Pablo (3:7-10)

«Pues vosotros mismos sabéis cómo debéis imitarnos, porque no anduvimos desordenadamente entre vosotros» (v. 7).

Debemos desvincularnos de un hermano que camina en desorden. De hecho, el testimonio corporativo se ve afectado por el camino individual de cada hermano y hermana. Aunque, como hemos leído antes, el amor de Dios y la paciencia de Cristo son recursos valiosos para caminar en orden, seguimos siendo responsables de nuestros actos. Pablo no duda en ofrecer el ejemplo de su caminar mientras estaba entre ellos. Su conducta atestigua que imitaba a Cristo (1 Cor. 11:1); todos deberían haber mirado a un modelo así (Fil. 3:17).

«...ni comimos de balde el pan de nadie; sino con afán y fatiga trabajamos noche y día para no ser una carga a ninguno de vosotros» (v. 8).

En su Primera Epístola (1 Tes. 2:9), Pablo hizo un comentario similar. Podía haber vivido del Evangelio, como el Señor lo había ordenado, pero prefirió que el Evangelio fuera gratuito (1 Cor. 9:14, 18). Pablo trabajaba con sus manos haciendo tiendas de campaña, era su oficio (Hec. 18:3). Esto le permitió mantenerse a sí mismo y a los que estaban con él (Hec. 20:34). El Señor es más glorificado por los siervos que dependen principalmente de él, en lugar de depender únicamente de la liberalidad de los hermanos y hermanas...

«...no porque no tengamos derecho, sino por daros a vosotros un modelo que imitar» (v. 9).

Como siervos del Señor, Pablo y sus compañeros merecían su comida, de la que el trabajador es digno (Mat. 10:10). Pero intereses más apremiantes les habían impedido reclamar este derecho para ofrecerse como modelo a los jóvenes creyentes de Tesalónica. ¡Qué ejemplo nos da el Espíritu de Dios con estas palabras! ¿Estamos dispuestos a actuar con convicción por el Señor, privándonos de ciertas cosas legítimas, para ofrecernos como modelos en beneficio de los más jóvenes? Si no, ¿a quién se dirigirán los ojos?

«Porque incluso cuando estábamos con vosotros, esto os encargamos: Que si alguien no

quiere trabajar, que tampoco coma» (v. 10).

Si los siervos de Dios trabajaban duro y laboriosamente para no ser una carga para nadie, cuánto más apropiado era que los demás hermanos trabajaran para ganarse el pan. Cuando estaba entre ellos, Pablo les había ordenado que el que voluntariamente no trabajara no esperara de otros su alimento. Ahora, en esta Epístola, les ordena que se aparten de esos hermanos que andan desordenados (3:6); un poco más tarde les ordenará que coman su propio pan trabajando (3:12). Los hermanos ociosos habían utilizado la llegada del Día del Señor como excusa para dejar de trabajar. Esta razón ya no era válida, puesto que la reunión con el Señor, que debe preceder al Día del Señor, aún no había llegado. Ese comportamiento era indigno de quienes llevaban el nombre de Cristo, y solo engendraban desorden.

4.3 - Las exhortaciones a los que andan desordenados (v. 11-12)

«Porque oímos que algunos andan desordenadamente entre vosotros, sin trabajar en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno» (v. 11).

Solo unos pocos andaban desordenados por no trabajar. Pero esto fue suficiente para deshonorar al Señor y perturbar la vida de la asamblea. Tanto si uno es cristiano como si no, la ociosidad y la falta de voluntad para trabajar son incentivos para entrometerse en los asuntos de los demás. Por ejemplo, los atenienses ociosos y los que se quedaban en su ciudad se dedicaban inútilmente a intercambiar noticias (Hec. 17:21). Este peligro de la ociosidad también amenaza a las viudas jóvenes (1 Tim. 5:13) –y, por supuesto, a todos nosotros. Un hermano de nuestra iglesia local que ahora está con el Señor nos recordaba a menudo este versículo: «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas» (Ecl. 9:10; vean también Marcos 14:7-8). Este hermano hablaba del servicio para el Señor, pero también podemos aplicar este versículo a nuestro trabajo secular. No debemos despreciar ningún trabajo, por humilde que sea, ya sea para el Señor o para ganarnos el pan honradamente.

«A estos les ordenamos y exhortamos en el Señor Jesucristo que, trabajando con serenidad, coman su propio pan» (v. 12).

Pablo y sus compañeros utilizan por décima y última vez en sus dos Epístolas a los Tesalonicenses el verbo *parakalêô*, traducido aquí como *exhortar*. Exhortan, o animan, a los que andaban desordenados a trabajar. Sin embargo, lo hicieron con autoridad al ordenarles, es decir, *mandándoles* que lo hicieran. Utilizan tanto la gra-

cia como la firmeza al dirigirse a ellos en el Señor Jesucristo, pues se trata de los intereses del Señor y no de una mera cuestión de moral social. Si querían comer su propio pan, tenían que hacer un esfuerzo, es decir, trabajar. Además, la inquietud, provocada por el pensamiento de que el día del Señor se acercaba, tenía que dar paso a la serenidad de esperar que el Señor viniera y sacara a los suyos de este mundo y lo llevara consigo.

La lección que se desprende de este versículo es saludable para todos los que tenemos que mantenernos a nosotros mismos. Nuestras condiciones en el trabajo pueden ser difíciles, dolorosas para algunos de nosotros, pero no tienen por qué ser motivo de preocupación e inquietud. Nuestro recurso es la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento y guarda nuestros corazones y mentes en Cristo Jesús (Fil. 4:7).

4.4 - Las exhortaciones sobre los que andan desordenados (3:13-15)

«*Pero vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien*» (v. 13).

Este versículo podría traducirse de la siguiente manera: “Pero vosotros, hermanos, no os canséis de hacer lo *que está bien*”. No se trata tanto de hacer las buenas obras que Dios ha preparado de antemano, para que andemos en ellas (Efe. 2:10), sino de comportarse según las normas prescritas por Dios en su Palabra. La exhortación es de gran valor si consideramos la influencia que el caminar de los demás puede tener en el nuestro. La carne dentro de nosotros puede fácilmente arrastrarnos a seguir a otras personas por un camino que deshonrará al Señor. Debemos tener cuidado de no cansarnos de hacer lo que es correcto. ¿No existe el peligro de querer *hacer otra cosa*, por muy buena que sea a nuestros ojos, sin que se haga en dependencia del Señor? Los tesalonicenses, a pesar de las persecuciones y tribulaciones, no debían cansarse de hacer el bien.

«*Y si alguno no obedece a lo que os decimos en esta carta, a este señalad, y no tengáis relación con él, para que se avergüence*» (v. 14).

La desobediencia a los mandatos apostólicos era un asunto serio. Uno no debía asociarse con un hermano que persistiera en un camino por su propia voluntad, en contra de las palabras del apóstol en su Epístola. A ese hermano se le identificaba como desobediente y, sin llegar a excomulgarlo, había que rechazar su compañía. El propósito de esta disciplina era hacer que el hermano, abandonado a su suerte y

a la obra del Señor, se diera cuenta de su condición, se arrepintiera y volviera con una mejor disposición.

«...no le tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano» (v. 15).

Ese hermano por el que Cristo ha dado su vida, pero que no obedece su Palabra, no debe ser tratado como un enemigo. La advertencia junto con el afecto de sus hermanos y hermanas es necesaria y beneficiosa. A pesar de la acción colectiva de evitar el contacto con él, este hermano debe sentir el afecto fraternal de sus hermanos y hermanas que esperan al Señor para que se recupere y se restablezca la comunión práctica con Él.

Los peligros acechan cuando tratamos con un hermano o hermana que camina de una manera que deshonra al Señor. Un error es hacer la vista gorda con el pretexto de que el Señor se ocupará de la persona en apuros. A esta actitud podemos objetar que nuestra responsabilidad es velar por los intereses del Señor en una asamblea que dice ser de Él. Una actitud que hay que evitar es considerar al culpable como un enemigo, por ejemplo, excomulgarlo de plano sin haber agotado los recursos de la gracia hacia él. Esto solo lo desanimará alejándolo de la asamblea y lamentablemente de Cristo. Pidamos al Señor que nos dé la gracia y la firmeza para recuperar a nuestro hermano o hermana.

5 - El saludo de la mano de Pablo (Capítulo 3, versículos 16-18)

Los tres últimos versículos de la Epístola son el saludo final. Pablo menciona al Señor 3 veces: el Señor de *paz*, el Señor y la *gracia* de nuestro Señor. La paz del Señor era muy necesaria para los tesalonicenses en sus persecuciones y tribulaciones. Su presencia estaba asegurada en cada paso que los acercaba a la meta; los sostendría hasta el final en un camino para la gloria de Dios. Cada uno de los hermanos y hermanas podía servirse de sus recursos divinos. Su paz, su presencia y su gracia también están aseguradas para nosotros mientras esperamos encontrarnos con él.

«Y el mismo Señor de paz os dé siempre y de toda manera la paz. El Señor sea con todos vosotros» (v. 16).

Solo el Señor Jesús puede dar la verdadera *paz* al alma de quien ha redimido: «La paz os dejo, mi paz os doy» (**Juan 14:27**). Si permanecemos con él como discípulos

fieles, experimentaremos *siempre* esta paz. Y luego, esta misma paz puede ser experimentada *de cualquier manera*, independientemente de nuestras circunstancias individuales. Ya sea que estuvieran afligidos por los seres queridos que habían dormido en el Señor (1 Tes. 4:13), o angustiados por sus propias persecuciones y pruebas (2 Tes. 1:4 y 2:2), los tesalonicenses podían contar con la paz del Señor y con el Señor mismo. El deseo de Pablo era que *todos ellos*, tanto los hermanos preocupados por el regreso del Señor como los hermanos ociosos, después de someterse a la Palabra, experimentaran la presencia personal del Señor para apoyarlos y animarlos.

«*El saludo es de mi mano, Pablo, que es la señal en cada carta; así escribo*» (v. 17).

Pablo había transmitido sus enseñanzas a los tesalonicenses de palabra durante su estancia con ellos (Hec. 17) y por carta (las dos Epístolas escritas a la iglesia en Tesalónica). Como hemos visto, estas enseñanzas debían ser retenidas (2:15). Por otra parte, parece que algunos habían querido inquietar a los tesalonicenses no solo de palabra, sino también por carta, falsificando incluso la firma del apóstol. Por tanto, Pablo debe advertirles que la redacción de los saludos de su puño y letra es el medio por el que sus lectores se aseguran de la autenticidad de sus Epístolas. En otro lugar se observa que Pablo utilizó los servicios de un secretario para escribir una Epístola (Rom. 16:22), pero escribió el saludo final de su propia mano (1 Cor. 16:21; Col. 4:18); había escrito toda la Epístola a los Gálatas, pero esto era inusual (Gál. 6:11).

«*La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros*» (v. 18).

Si el apóstol quiere que el Señor esté con todos ellos, también quiere que su *gracia* esté con todos ellos. La gracia del Señor Jesucristo es lo que da a cada hermano y hermana el ánimo para perseverar hasta que él venga. En la Primera Epístola, la oración del apóstol era que esta gracia esté «con vosotros» (1 Tes. 5:28); aquí, esté «con *todos* vosotros». Ya sea que los creyentes en la confusión o los creyentes que caminan en el desorden, todos la necesitaban.

Esta Segunda Epístola debió consolar a los jóvenes creyentes de Tesalónica en sus circunstancias especialmente difíciles. ¿Son nuestras propias circunstancias a veces difíciles? La perspectiva de nuestra reunión con nuestro Señor Jesucristo está ahí para animarnos. Esta bendita esperanza también nos recuerda que los creyentes del presente tiempo de gracia no experimentarán la plena manifestación de la apostasía y los sufrimientos que serán la porción del fiel remanente judío al que se le confiará el Evangelio del reino. Hasta que nos encontremos con el Señor, estamos llamados a caminar en orden, trabajando en paz para la gloria de Dios y el buen testimonio

al mundo.

Nuestro consuelo eterno será estar pronto con el Señor Jesús en la Casa del Padre. Que el estímulo de estas dos Epístolas a los Tesalonicenses encuentre eco en nuestros corazones mientras esperamos ver a nuestro Señor Jesucristo.